

ESA MALDITA LUZ

Javier Reyes



Doce Galles

Javier Reyes

ESA MALDITA LUZ

EDICIONES DOCE CALLES

Diseño de portada: Doce Calles
© de los textos: Javier Reyes
© de la presente edición:
Corrección: Víctor Álvarez
Ediciones Doce Calles S.L.
Apdo. 270 Aranjuez 28300 (Madrid)
Tel.: (+34) 91 892 22 34
docecalles@docecalles.com
ISBN: 978-84-9744-306-7
Depósito legal: M-24609-2020
Impreso en España

Queda prohibida, salvo excepciones previstas en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados pueden ser constitutivas de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y siguientes del Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos (www.cedro.org) vela por el respeto de los citados derechos. Diríjase a este organismo si necesita fotocopiar algún fragmento de esta obra.

ÍNDICE

1	11
2	23
3	57
4	81
5	113
6	147
7	153
8	163
9	199
10	205
11	235
12	243
13	251
14	273
15	289
16	323
17	331
18	333
19	349
20	361
21	373
22	377
23	383
24	415
25	437
26	439
27	445
28	455
29	473
30	493
31	503
32	535
33	545
34	565

35	577
36	583
37	603
38	607
39	615
40	621
41	623
42	645
43	647
44	649
45	651
46	655

A mis tres hijos, Javi, Óscar y Pilar.

Ellos guían mis actos.

AGRADECIMIENTOS

*A Loli, mi esposa, a mi madre, a Salva Alemany y Anna Coma. Gracias
por vuestros comentarios, consejos y opiniones.*

Lo primero que pensó Tomás fue que el techo se le había caído encima. Después, cuando comprobó que no, que no estaba sepultado bajo los escombros, supo que ese estruendo había procedido de la puerta al abrirse de una patada. De inmediato se incorporó hasta quedarse sentado y, como si su sistema nervioso se hubiera cortocircuitado, se quedó paralizado. Y no fue precisamente por el sobresalto sufrido mientras dormía, sino por esa pistola que ahora le apuntaba desde debajo del umbral de la puerta. Ahí dentro la oscuridad era casi absoluta. Tan solo una tenue claridad procedente de la luna atravesaba el cristal de la ventana e incidía en el negro metal del arma, haciéndola brillar como si fuera un diamante. Lentamente, dispuesto a no dejarse matar sobre ese viejo y sucio colchón, se puso en pie, retrocedió unos pasos y pegó la espalda a la pared como si ese acto le sirviera para traspasarla. Pero él no poseía tal capacidad. Debía asumirlo. No tenía escapatoria. Alguien había venido con la intención de que ese agujero donde había vivido los más de sesenta años de su existencia fuera su sepultura. No obstante, el instinto de supervivencia aún corría por sus venas y pensó que debía reaccionar. Se dijo que aún no había llegado su momento, que eso debía ser personal e intransferible. Repasó mentalmente los objetos que podía tener al alcance de la mano para emplearlos como arma arrojadiza. Lo más contundente que podría encontrar era una lata de sardinas sin abrir. La lucha sería desigual, como enfrentarse a un carro de combate montado a caballo y provisto de una lanza. Se maldijo por no poseer algo mejor para defenderse. Un tipo como él, con sus antecedentes, con una lista de enemigos tan extensa, no podía permitirse esos fallos. Volvió a maldecirse. Después pensó en buscar una escapatoria. Miró a un lado, al otro, al frente... Nada, estaba acorralado por cuatro

paredes y por esa pistola que sobresalía de la negrura total, fija, dirigida hacia él sin temblar lo más mínimo, como si la mano que la agarraba no fuera de carne y hueso, sin terminaciones nerviosas. Quien quiera que fuera la persona que sujetaba su empuñadura tenía claro su propósito. En esa penumbra él solo representaba una sombra con forma humana, pero la línea imaginaria que salía del cañón y cruzaba la estancia terminaba en su pecho, justo en el corazón. Ahí, en ese punto, hasta una insignificante desviación del proyectil resultaría mortal. «Clic, clic», sonó en el arma. Tomás sabía lo que significaba. Era un revólver, y su propietario lo había amartillado; es decir, a partir de ahora una leve presión en el gatillo sería suficiente para que se disparase. No cabría el error. En esos cuatro metros de distancia que les separaba hasta un enfermo de párkinson le acertaría. Se dijo que debía intentar dialogar con la persona que le amenazaba con esa pistola. Se preguntó quién podría ser, quién había ido hasta El Caserón con la pretensión de matarlo. Nadie encontraba ese prostíbulo abandonado por casualidad, ni se acercaba para curiosear. Sin duda, el dueño, o dueña, de ese arma había irrumpido en lo que quedaba de su hogar con el único objetivo de acabar con su vida.

«Pero ¿quién?», se preguntó entre dientes y a continuación especuló para sí: «¿Será un antiguo cliente al que hubiera echado a patadas por no pagar los servicios prestados por una de mis chicas? ¿O será una de ellas que ha venido a vengarse por una de tantas razones?».

Por desgracia para Tomás, la relación de candidatos y candidatas con motivos para liquidarle era demasiado larga. Y es que casi cuarenta años regentando un club de alterne con malas artes daba para mucho.

—¿Quién eres? ¿Qué has venido a hacer aquí? —preguntó.

Tomás supuso que habría una respuesta. Estaba seguro de que esa persona no había venido hasta ahí para matarlo sin más. De haber sido así, ya le habría acribillado a balazos. No, su propósito no era ese. Antes de ejecutar su plan, querrá mostrarse, dejar constancia de las causas que le han traído a ello. Una venganza sin que la

víctima sepa el porqué de la misma no es tal venganza. Esta requiere del regocijo del vengador, que el sentenciado saboree, mastique y trague su propia medicina. Tras varios segundos en silencio, la respuesta vino dada con otra pregunta.

—¿Pero es que no tienes corriente eléctrica?

Por fin la margarita empezó a deshojarse. Esa voz femenina descartaba a los clientes. Además, esa entonación, esa cadencia en las palabras... Sí, todo eso le era muy familiar, extremadamente familiar. Menuda sorpresa. La verdad es que Tomás no sabía si debía alegrarse o preocuparse más aún. En cualquier caso, su frecuencia cardíaca decidió acelerarse de tal modo que creyó que el corazón saltaría fuera de su caja torácica. Ya sabía quién era, no tenía ninguna duda, pero también era consciente de que su situación se complicaba más si cabe. Sintió un estremecimiento. Siempre había oído decir que el amor podía con todo. Ahora, con ella apuntándole con ese revólver, estaba convencido de que solo existía un sentimiento capaz de partir montañas y de vaciar océanos. El odio. Y él se había ganado muchísimo.

—Leticia —dijo él con un susurro lento, suave, como si fuera un suspiro.

—Vaya, pero si te acuerdas de mi nombre. Estoy realmente emocionada, de verdad —le atacó ella con un sarcasmo.

Tomás pasó por alto el comentario y se acordó de la luz. Sabía a quién tenía ante sí, nunca podría olvidar esa voz, pero quería verla. Lo deseaba con todas sus fuerzas, aunque eso supusiera su final.

—Tengo una pequeña lámpara de gas ahí, junto a los pies del colchón. Déjame que la encienda, por favor.

Por un momento ambos se mantuvieron en silencio. Ella valorando las posibilidades de perder el control de la situación y él valorando las posibilidades de hacerse con el control del mismo.

—Está bien... Pero ten mucho cuidado y no desperdicies tu oportunidad de seguir con vida.

Ella no lo vio, pero Tomás hizo un amago de sonrisa mientras asentía con la cabeza. El hombre acababa de encontrar un hilo del que tirar. A un sentenciado a muerte no se le podía dejar una puerta

abierta. Cuando lo tenía todo perdido, sin ninguna esperanza, no. Tomás pensó que su depredador no era tan fiero como parecía en un principio, que tal vez incluso terminase comiendo de su mano. Despacio, dejando ver sus movimientos, dio unos pasos al frente, se agachó y empezó a manipular la lámpara de gas. Entretanto, canturreaba una canción para crear un ambiente más distendido. Sabía que eso, que le podía llevar hacia la muerte, o a su salvación, todavía se encontraba lejos, pero al menos había conseguido reducir su distancia hasta dejarla en unos tres metros. Al poco una tenue luz blanca se tragó la luz de la luna e iluminó la estancia.

—Menos mal que la bombona tiene suficiente carga —comentó Tomás antes de levantarse y girar sobre sus pies.

En ese preciso instante el asombro se apoderó de ambos. Él porque creyó tener delante la aparición de una princesa de cuento y ella porque, al tenerlo de nuevo así, tan cerca, creyó tener delante la aparición del ogro. Tomás era grande, enorme. Ella, por el contrario, era menuda. Parecía una escaladora plantada al pie de una montaña dispuesta a encumbrarla. El contraste era patente. Ella dio un paso al frente y entró en la estancia. Durante varios segundos ambos se observaron, de arriba abajo, comparando lo que cada uno había sido en el pasado y lo que era ahora, en el presente. Tomás sonreía, mostrando una fila de dientes extremadamente deteriorados y sucios; su cabeza, sin apenas pelo, era grande y redonda como una bola de demolición, sus ojos eran tan negros como la mente que se escondía tras ellos y su nariz estaba aplastada al igual que la de un boxeador a causa de una antigua reyerta. Su cuerpo era el apropiado para las dimensiones de su cabeza, pues era el propio de una persona obesa que rondaba el metro noventa de altura. Pese a su gran tamaño, la especie de túnica que vestía le quedaba holgada y solo quedaban al descubierto sus pies descalzos. Era una auténtica monada, vamos.

—Tienes un aspecto deplorable —dijo ella con un tono de voz que indicaba repulsión hacia el hombre que tenía ante sí—, aunque este nuevo estatus te viene como anillo al dedo. Bueno... Supongo

que ya no debería dirigirme a ti con el “don Tomás”, ¿verdad? No, claro que no... Con esta facha no mereces semejante tratamiento...

Tomás recogió y se guardó eso que, a todas luces, había sido una provocación y emitió una sonora carcajada. Tal vez más tarde lo sacaría. Ahora no. Ahora necesitaba su confianza, relajar la situación, parecer inofensivo. Pensó que, aunque aparentase ser un árbol sin hojas ni ramas, seguía siendo un árbol.

—... No sabes cuántas veces deseé borrar esa risa tan repulsiva de tu rostro. Lo que no me explico es cómo aún no ha habido nadie que se haya encargado de hacerlo. Necesito acabar con todo esto cuanto antes...

—Tranquila, no tengas tanta prisa —pidió Tomás alzando las palmas de sus manos hacia el frente—. Mira, echa un vistazo a tu alrededor. Aquí viviste durante muchos años. Aunque ahora lo repudies, este fue tu hogar. Lo que te pasa es que solo quieres ver el lado negativo de las cosas. Recuérдалo. Aquí también reíste, bailaste, te divertiste...

Mientras el hombre exponía su perorata, sus pies se deslizaban hacia el frente, poco a poco, sigilosos, como haría un gato antes de abalanzarse sobre un roedor. Y ella, inducida por esas palabras, no pudo evitar que sus ojos se desplazaran por la estancia. Esta era lo que en un tiempo pasado había sido el salón de una vivienda, pese a que en esos momentos se asemejaba más a un basurero. La única señal que existía de que estuvo algún día amueblada eran los agujeros y unas marcas en la pintura dejadas por un mueble modular. No había nada más. Hasta el radiador había sido arrancado de su sitio. Ahora, en cambio, había un colchón tirado en el suelo de una de las esquinas y medio cubierto por una manta; junto a este, varias bolsas de basura donde Tomás tenía guardada su ropa y algo de comida, y en las otras tres esquinas había apiladas cajas de cartón vacías. Además, los aproximadamente treinta y cinco metros cuadrados de suelo a medio embaldosar estaban cubiertos por una alfombra de polvo salpicada con pieles de frutas resacas, cartones de vino aplastados, latas de conservas abiertas y vacías, y trozos de comida en perfecto estado de descomposición. Todo

eso era vomitivo. Incluso la mezcla de olores provocaba que la respiración se hiciese dificultosa. Putrefacción, sudor y alcohol destacaban sobre el resto. A pesar de esa inmundicia, ella no pudo evitar que su mente viajara al pasado y que rememorase algunos momentos vividos ahí. Como le había dicho Tomás, “no todo fue negativo”. Hasta en las situaciones más desfavorables las personas podían extraer algo bueno. Seguramente fueron las ganas de vivir, esa ilusión de que un día todo terminaría y que la vida le regalaría una segunda oportunidad. Al menos ella la tuvo. La tuvo y no la desaprovechó. Sin embargo, agarró esa nueva oportunidad con tantas ansias que no se detuvo ni un instante para echar la vista atrás. Solo quiso escapar, alejarse lo más posible de ese sitio, y de ese hombre. Pero ahora había vuelto. Como el rey exiliado que regresaba a su país para recuperar lo que le habían arrebatado, ella estaba ahí para que le fuese restituido aquello que le pertenecía. Y sumida en sus pensamientos, no se había dado cuenta de que la distancia que la separaba de Tomás se había ido reduciendo hasta tenerlo solamente a un par de metros.

—Has tocado fondo, ¿eh? Aunque no me das lástima. No. Más bien lo contrario. Me satisface verte así, hundiéndote en la miseria. Antes he estado dando una vuelta por el resto de la planta y está irreconocible. Me alegro de haber venido. Sabía de tu situación, pero quería comprobarlo con mis propios ojos.

Tomás escuchaba, gesticulando con la intención de hacerle creer a ella que todo eso le importaba. Pero nada más lejos de la realidad. Para él tan solo eran palabras, ondas intangibles y carentes de lo necesario para ocasionarle algún daño físico. No servían para nada. Eran inútiles, inofensivas.

—Tuve mala suerte —dijo a modo de conclusión, y creyó que había llegado el momento de acabar con su sobreactuación. Decidió que el cazador debía ser cazado.

Tomás incrustó sus ojos en los de ella. Eran negros, como el mundo de los ciegos. Intentó averiguar lo que tramaba su mente, pero tuvo que desistir. Su mirada era impenetrable. Eran como dos cristales opacos. Tomás no podía negar que estaba ante una mujer

valiente. Admiró su coraje. Después contempló su rostro. Tenía que reconocer que era muy bella. Siempre lo fue, aunque ahora se había superado. Mientras tanto, ella seguía apuntándole con el revólver, sin mover un ápice su posición. Parecía una estatua de bronce. Tomás pensó que la opción del arrepentimiento tendría que descartarla. No le iba a quedar otra salida que emplear la fuerza bruta. Lo sentía por ella, por ese precioso cuerpo, por esa cara tan bonita... Su mirada se centró en la pistola, lo que sin duda alguna representaba su único peligro. La distancia entre ambos era corta. Tanto que podía ver claramente el dedo índice de ella cubriendo el gatillo. Tomás sabía disparar. Ahora no poseía ningún arma, pero antes, cuando El Caserón tuvo sus puertas abiertas, hubo una pistola escondida bajo el mostrador. Ahí estuvo hasta que un día desapareció. Él siempre tuvo claro que fue alguna de las prostitutas que se la llevó como cobro de unos atrasos. Tomás comprobó que el dedo estaba perfectamente colocado, sin que su falange sobresaliera ni más ni menos, en su justa medida. Eso significaba que no habría ningún margen de error. Acertaría exactamente donde estaba apuntando.

«Que contraste», se dijo al comparar el rojo intenso con el que estaba pintada la uña con el acero brillante de la pistola.

Después reparó en la mano con la que la agarraba. Era la izquierda, lo cual le produjo una cierta incongruencia con el propósito que tenía en mente.

«Es zurda», se volvió a decir, un tanto sorprendido, al darse cuenta de que jamás se había fijado en eso antes, cuando ella vivió ahí.

La verdad era que a Tomás nunca le habían interesado esas cosas de las mujeres. Ese era un detalle intrascendente, sin valor. A él lo que le importaba era que estas poseyeran un buen cuerpo, que estuvieran sanas y que tuvieran poder de seducción. No quería nada más. En su negocio no. El hombre siguió el curso de la mano hacia la muñeca, recorrió el brazo, tenso como la cuerda de una guitarra, pasó por el hombro y se detuvo en su mirada. Le encantaban esos ojos tan negros. Daban la impresión de ser todo pupilas. Como sometidos a la fuerza de la gravedad, los suyos descendieron hasta

el escote del vestido. Este era elegante, sin enseñar mucho, lo justo para que la mente de cada cual tuviera que esforzarse en acorde a su manera de pensar, de sentir. Tomás no quiso, no debía, pero no pudo evitar que un recuerdo en el que estaba junto a ella le hiciera una visita y que la mirada se le volviera lasciva. Entonces, ella se dio cuenta, y él, al darse cuenta de que se había dado cuenta, en seguida desvió la mirada.

—Sigues siendo el mismo cerdo de antes —dijo ella escupiendo las palabras.

Tal vez fue el cansancio, o puede que fuese el poder que ejercía ese hombre y ese entorno sobre ella, el caso es que el cañón de la pistola se balanceó ligeramente. Apenas fue un titubeo de unos pocos milímetros, pero fue lo suficiente para que él lo apreciase.

—Ya sabes, el que tuvo retuvo —dijo Tomás, y de nuevo estalló en una carcajada.

Mientras reía, su cabeza miraba hacia el techo, confiado de que ella caería en la trampa de seguir el curso de sus ojos, lo que podía aprovechar para arrimarse todavía más. Pensó que en el fondo ella estaba pisando terreno prohibido, que no sabía moverse en este tipo de situaciones. Él sí. Tomás era un experto en esto de las peleas, de las mentiras, de las artimañas... Y otra vez había logrado su objetivo de tenerla más cerca. Calculó mentalmente la longitud aproximada de su brazo y el tiempo que tardaría en despejarse de su cuerpo hasta golpear el arma. Creía que ya lo tenía a su alcance, pero aun así pensaba que no podía correr riesgos. Debía asegurar su jugada. No podía fallar. Apenas un pequeño desvío, un mínimo retraso en su movimiento podría suponer su muerte. Tras dejar de reír, Puso los brazos en jarra y dijo.

—Por favor, dime cuál es el motivo por el que debo honrarme con tu presencia. Como has podido comprobar, no dispongo aquí de sitio para ti. Me temo que vas a tener que prostituirte por tu cuenta.

Pero ella no cayó en semejante provocación. Lo cierto era que hacía mucho tiempo que empezó a odiarse por no haber acabado en su día con sus menosprecios, con sus insultos, con sus agresiones, tanto físicas como sexuales, con tanta humillación... Pensó que

ya había llegado el momento de hacerlo. Eso sí, antes necesitaba algo de ese miserable. En cuanto lo obtuviera, pagaría por todos sus actos. Se lo había jurado. Por tanto, y pese al dardo envenenado, se mantuvo inmóvil, en posición de disparo, exactamente como le habían enseñado. Era consciente de que la distancia entre ambos se había reducido de modo considerable, pero no le preocupaba. Apretar el gatillo requería de solo unas milésimas de segundo y la gran corpulencia de Tomás le hacía ser muy lento. Por ahora, estaba convencida de tener la situación bajo control. Le había permitido que se acercase, que creyese en un giro inesperado, pero era inútil. Simplemente un paso atrás o una presión en el gatillo serían suficientes para echar por tierra sus ilusiones. Pensaba que era un ingenuo. Ella no, ya no. Un día se liberó de sus cadenas para crecer, para madurar, para vivir. Y cambió. Vaya si cambió. Sugirió una sonrisa cargada de suficiencia y pensó en ir zanjando ese asunto. A fin de cuentas él se lo acababa de pedir.

—¿Dónde está?

—¿Dónde está quién? —contestó él con otro interrogante.

—Sabes perfectamente por quién te he preguntado. No hace falta que te hagas el imbécil. A ver si te crees que he venido hasta este estercolero para hacerte una visita. Aunque si te soy sincera, de haber sabido que vivías así, habría venido antes para partirme de risa en tu cara. Convendrás conmigo que todo esto está tan podrido como tu alma, ¿no?

En tanto escuchaba esas palabras, Tomás se iba tocando el pecho de manera irónica, como si estuviera sufriendo un infarto. Ella pensó en el asco que sentía por ese hombre, por su mente corrompida. Durante un par de segundos lo miró desde la cabeza a los pies. Para vivir en la indigencia, no aparentaba tener una mala alimentación. ¿O acaso lo que estaba era hinchado? La gran cantidad de cartones de vino que había esparcidos por el suelo podrían ser la señal de una dolencia en el hígado. Se dijo que le debía dar igual, que ese no era su problema. También reparó en la ropa que llevaba puesta, en esa especie de sotana que parecía el camisón de un gigante. Y sus pies... «Pero ¿qué clase de enfermedad han



Una niña criada en un prostíbulo y maltratada por quien lo regenta, su padre. Una joven que se ha visto obligada a ejercer la prostitución. Una madre cuya hijita ha vendido su progenitor... Una trama de secuestradores de niños adoptados de forma irregular. Un pueblo castellano de montaña aparentemente tranquilo. Una casa cuartel de la Guardia Civil... Y un amor incipiente y verdadero, protegido entre secretos, que trata de salir de la tréida en que se encuentra.

Todas estas circunstancias y escenarios, junto a un portentoso elenco de personajes, se entrecruzan de forma brillante y se coordinan inteligentemente en un baile sutil de situaciones, tan sorprendentes como cotidianas, que nos llevan con decidida paciencia a un desenlace extraordinario.

El prodigioso lenguaje visual de Javier Reyes dibuja escenarios perfectos, describe ambientes intrigantes y retrata personajes coherentes, con sus convicciones, contradicciones y miserias, a través de una narración directa y clara capaz de convertir al lector en un espectador de primera fila.



Trabajo subvencionado con una de las Ayudas para Iniciativas Culturales de la ONCE en su edición de 2020, gracias a la venta de sus productos de Juego